

CAPITULO VI.

En que se declaran muchos defectos por que se falta al dolor y propósito.

Hay algunos que no tienen repugnancia ni vergüenza para confesar sus culpas, aunque sean muy feas, y aun suelen hacer desprecio de quien padece este trabajo, y dicen muy satisfechos: *¿Pues qué, no hay vergüenza de pecar, y habia yo de tenerla para confesar? Eso es un disparate.* Pero verán que estos las dicen y confiesan con tal frescura y modo, como si contáran un cuento ó una historia, sin mostrar el pesar y dolor que deben; y con la misma facilidad vuelven al vómito, pues casi siempre llevan las mismas culpas, sin cuidar de reprimir sus pasiones, ni huir las ocasiones de pecar; y de este modo van pasando muchos años, ¿Qué juicio se puede hacer de semejantes confesiones?

A otras personas engaña el demonio con un falso velo de fiarse en la misericordia de Dios, y de que se confesarán, tomando ocasion de aqui para continuar sus torpezas y reincidencias en sí ó con otros, que es como un tomar por falso escudo á la santa confesion, y á la divina piedad, adulterando tan santa medicina para fines depravados. Y otros dicen: *vaya que quien confiesa uno ó cuatro, ó diez, tambien confesará veinte: todo se perdona á un tiempo: la misericordia de Dios es grande: no ha de llenar el cielo de paja.* Es verdad; pero tampoco ha de llenar el infierno. Estos tales han perdido ya el miedo á la confesion; pero adviertan,

que si es de fe que Dios es misericordioso, tambien es de fe que es justiciero, y castiga con eterno tormento al que abusa de su misericordia. Otros se ponen á excusas y aun réplicas con el confesor, y trayendo graves pecados repugnan la penitencia, que siempre es mucho menos de lo que merecen; ni toman las medicinas espirituales que les aplica, ni aprecian los consejos que les da, de que miren su gran peligro de condenarse, si no se enmiendan. Y si en esto el piadoso y celoso confesor les detiene algun tiempo, ponderándoles la fealdad de las culpas, y el infeliz estado de sus almas, si no se apartan ó restituyen &c. muestran tan poco aprecio y tan duros sus corazones, que solo desean que les despache. Otros andan buscando el confesor á su modo, que no les reprenda ó vaya á la mano, y andan inquiriendo si da mucha ó poca penitencia. Otros van á confesarse mas por fuerza ó por cumplimiento y bien parecer, ó porque son cofrades de alguna cofradía, ó por coger la cédula al tiempo que la han menester, que por poner bien su alma con Dios. Otros llegan atropelladamente sin reflexion ni atencion á que van á hacer actos tan sagrados, preparándose y examinándose antes como deben. Y el tal examen suele ser muy por encima, aunque sea de mucho tiempo, ó haber rezado el Rosario, ú oido Misas antes; con lo cual quedan satisfechos: y tal vez se ve, que en el confesonario estan jugando con el Rosario. Otras personas hay que en diciendo los pecados, al instante marchan, sin aguardar la penitencia ni la absolucion, y tiene el confesor que llamarlos. Considérese qué disposi-

cion será la de estos tales. Otros (que suelen ser los que confiesan de año á año, ó poco menos) viendo que ya llega la precisa, van ocho ó quince dias antes de Pascua á confesar á un convento ó lugar donde no les conocen, y luego por semana Santa ó Pascua van sin repugnancia á confesar segunda vez en sus lugares, aunque sea con los conocidos. Y aunque esto es lícito á cualquiera para desahogarse; pero diremos, ¿qué confesar tales sugetos en quince dias dos veces es virtud? No, sino que suelen usar de este ardid, porque no les reprendan, y quizá nieguen la absolucion, pues allá son bien notorios sus procederres; acá con el no conocido dicen y responden á todo *Amen*: esto es, que sí que les pesa, que se enmendarán, que se apartarán, restituirán &c., y asi ofrecen largo y tendido, pues les cuesta poco; pero se quedan como antes ó peores. De estos se puede decir: *que ni tienen palabra buena ni obra buena*. Ellos van pasando asi un año y otro casi con los mismos pecados y malas costumbres. La penitencia sabe Dios si se cumple, ó no se cumple en todo el año. Y en llegando otra Semana Santa, andan con estas trampas y zancadillas; y si esta no llegase en veinte años, habria innumerables que se estuvieran sin confesar. Decidme, miserables é infelices, si apenas os acordais de lo que habeis hecho hoy, ¿cómo os acordareis de lo de ocho meses ó un año, y mas cuando la conciencia es desbaratada? Tened entendido, que mientras mas huís de la confesion, mas horror os ha de causar. Y asi se ve, que á estos tales les sirve de gran tormento el que llegue el tiempo de con-

fesar. Y no teneis que alegarme dificultades y excusas, que á todo responderé: que mas hace el que quiere que no el que puede. Y sino decidme: ¿os falta tiempo para jugar, para bailar, para aprender jácaras, para el paseo, para rondas, y para ir á unos capeos, aunque sea arrastrando? ¿Pues tanto cuesta confesar siquiera de dos á dos meses por lo menos? Si la camisa no se lavase en seis ó ocho meses, ó un año, ¿cómo estaria? ¿Pues qué sucederá en la pobre alma, cuyas manchas son tan distintas? De esto suelen tener mucha culpa (respecto de los criados y domésticos) los amos, padres de familia, que quizá cuidan mas de entrapar el dia de fiesta, dándoles que hacer, y ocupándoles por sus intereses, que de confesiones. *Pero si el amo es otro tal como el criado, ¿cómo le enseñará lo que él no practica?* Pregunto mas: si por confesar cada mes ó dos meses os hubiesen de dar seis ú ocho reales, ¿lo dejariais? Yo creo que aunque fuese cada semana, habria innumerables que procurasen confesar por no perder este corto interes. ¿Y es posible que para los intereses de vuestra alma, en que hay tanta distancia, habeis de ser tan negligentes y descuidados? Decidme mas: si cada mes ú dos meses hubiese unos toros ó capeos ó comedia, títeres ó volatines, ú otra samejante vanidad, ¿no procurariais hacer tiempo para verlos, y aun buscar dinero para pagar la entrada? ¿Y para confesar tanta repugnancia? Dios os dé luz para conocer vuestra ceguedad, y para la enmienda.

De lo dicho aqui no es dificultoso de creer que todos estos llevan camino de condenacion. En con-

firmacion de esta verdad reveló nuestro Señor Jesucristo al Venerable Francisco de Yepes, que los mas de los cristianos que se confiesan de tarde en tarde, se confiesan mal, y se condenan. Y estando una Semana Santa el siervo de Dios muy contento, por ver tantos como se confesaban, lleno de gozo le dió al Señor los parabienes, y su Magestad le respondió: *¡Ay hijo! no sabes tú lo que hay en esto; y así te digo, que son mas los que confiesan y comulgan mal, y en especial los que confiesan de año á año, ó muy de tarde en tarde.* Y le volvió á repetir, que de estos eran muchos los que se condenaban. Y tambien le dijo, que el remedio era confesar y comulgar á menudo, con órden y direccion del confesor. *Despertador del Alma, fol. 282 y 289.*

Otros muchos mas defectos á este tenor se pudieran referir aqui y se experimentan. Todos estos que hasta aqui se han referido son los que abruma el alma del confesor, pues le ha de constar del dolor y propósito verdadero; pero las señales son muy contrarias, y no sabe como absolverles, hallándose su corazon en una prensa. Y por esto no hay que admirarse de que sea á muchos aborrecible el confesar á tales sugetos. Ni es lo que oprime al confesor las muchas y feas culpas, ni aunque sean sesenta años de sacrilegas confesiones, sino esta mala disposicion con que llegan muchos. ¿Qué juicio se ha de hacer de quien habiendo vivido quizá en torpezas, como un caballo desbocado toda su vida; ó en soberbias vanidades, codicias y empleos, sin reparar en daños de los prójimos, ni trata de enmendarse, ni hace

penitencia, ni huye las ocasiones, ni vanidades, ni restituye; antes vive en los peligros muy de asiento, y cuando llega á confesarse, que suele ser tarde, viene cargado de pecados, sin señales apenas de dolor? Todo es indicio de que no le tienen, ni propósito verdadero y firme, como se lo demostrará á cada uno su conciencia, por el desconsuelo y sequedad que en sí conoce cuando no se dispone como debe para recibir este santo Sacramento, ó si le tienen (y harán entonces buena confesion) pero siendo tan remiso y tibio, ordinariamente vuelven con facilidad á cometer las mismas culpas; y así, mal habituados en vida á resistir á sus pasiones y apetitos, pueden y deben temer no les suceda en la muerte lo que sucedió al desdichado del ejemplo siguiente, por no haber cumplido firme y fielmente los propósitos que hicieron á Dios.

Vivia en Génova escandalosamente un mozo noble, el cual cayendo gravemente enfermo, hizo llamar para la confesion y su espiritual consuelo, á un Padre Carmelita Descalzo (de quien el año de 1641 se supo este suceso). Fue el religioso con toda caridad, y ayudó á este mozo cuanto pedia su obligacion y el tiempo. Confesóle, y juntamente hizo echar á una muger deshonesta con quien estaba enredado el enfermo. Sucedió, que de allí á unos dias mejoró nuestro jóven, recobrándose dentro de poco en su antigua salud, y conservándose juntamente sano en el alma, mediante la castidad y devocion que el buen religioso y Dios, por medio de la enfermedad le habia enseñado. Duró poco este propósito: porque pa-

sando acaso (si no es que no lo fue) por la calle en que vivia este caballero, aquella muger que dijimos, le habló de tal suerte, y con tal maña supo disponerle las redes, que el pobre mozo quedó otra vez preso y enredado; dándole palabra de volverla á tratar, y aun de recibirla otra vez en su casa, como lo hizo. Quien da oídos á la serpiente infernal, que de antiguo silva en las mugeres, tenga por cierto que si no es por milagro, ha de quedar vencido y avasallado, porque no hay armas en la naturaleza contra las fuerzas de la potentísima ocasion. Pues de aqui que nuestro joven cae de nuevo malo con una fiebre maligna, y de recaída manda llamar á toda prisa otra vez al mismo religioso Carmelita, confiesase de nuevo, y hace salir segunda vez de casa la ocasion. Acabada la confesion, sobreviene al enfermo un repentino y mortal accidente; acudió el padre, hasta que mejorado un tanto, salió fuera de la pieza el religioso por respirar un poco. Poquísimo tiempo era pasado, cuando asi el padre como los que alli estaban, oyen que el enfermo estaba razonando con otra persona, sin saberse quién pudiese ser, por haber quedado solo en el cuarto. Uno de los pages, por curiosidad, se llegó á la llave, y por alli vió claramente que hablaba con el enfermo un padre Carmelita descalzo. Atónito se vuelve al confesor, y le pregunta si acaso habia traído consigo algun otro sacerdote. No por cierto, respondió. Pues ahí dentro (replica el page) está con el enfermo otro religioso del Orden de V. P. Quedaron todos admirados, porque sabian que en aquella pieza no se podia entrar sino

por la puerta que ellos guardaban. Llegáronse, pues, asi todos á la dicha puerta, y oyeron clara y distintamente este razonamiento: *es verdad (decia el nuevo religioso) que has tenido mala vida, pero te enmendarás y harás penitencia: ahora estás apretado de la enfermedad, mas ella pasará, y con la nueva salud será otra cosa.* Asi iba prosiguiendo tales cosas, que puso al triste enfermo en que traeria otra vez á casa á la amiga despedida. Todos estaban oyendo esto, tan admirados como temerosos, sin que ninguno se atreviese á entrar al enfermo, hasta que animándose el padre confesor, é invocando á Dios, entró de repente, y se les puso delante. *Tenga buena noche, padre* (dice el confesor). *Buena noche* (respondió el otro). *¿Qué haces aqui?* (pregunta el uno). *Lo que no haces tú* (responde el otro), *que en vez de ayudar á este enfermo te estás hablando allá fuera.* Espantado el confesor añade: *Jesus me ayude.* Repite el otro como por burla: *Jesus me ayude. Dios mio, misericordia* (dice el uno). Y el otro repite: *Dios mio, misericordia.* Fuera de sí el confesor con tales respuestas, acudió á un Crucifijo que traia consigo; mas viéndolo el otro se lo quitó por fuerza, diciendo que lo queria él. Aqui el confesor, ya sin aliento, comienza á gritar: *Señor, misericordia: Señor, socorro: Señor, perdon de mis pecados.* Eso no (responde el otro), y estendida la capa, corre con ímpetu á cubrir con ella al confesor; mas huyendo éste, y cayendo en tierra medio muerto, el otro desapareció, dando bien á entender que era el demonio, que disfrazado en aquel santo hábito, vino á engañar en

muerte á quien habia engañado en vida. Apenas volvió en sí el confesor cuando acudió á socorrer á su enfermo; pero ¡ó caso admirable! halla un horrible y espantoso sapo, que habiéndose aparecido allí de repente, se llegó á la garganta del enfermo, y hacia fuerza para ahogarle. El confesor, implorando el favor de Dios y de la bienaventurada siempre Virgen María, forcejeaba para apartarlo, mas todo en valde, porque el monstruo estaba firme y bien asido. En esto, gritando el enfermo con semblante furioso y desesperado, dijo: *venga el diablo, venga, y lléveselo todo;* y así acabó su miserable vida, para comenzar en el infierno la eterna de su castigo. Refiere este suceso el Padre Otonelli, *Conversat. Periculos. not. 3.* Ves aqui, piadoso lector, el castigo que amenaza á quien no cumple como debe los propósitos que hace á Dios en la confesion.

CAPITULO VII.

De otros defectos por falta de dolor en personas que pasan por virtuosas; y medio para asegurar el dolor en las culpas veniales.

Y porque es bien se estienda esta doctrina á todos los que profesan virtud, pues todos deben tener dolor, aunque sea de las culpas leves que confiesan, y propósito de no cometerlas para que se les perdonen, y reciban aumento de gracia en el Sacramento; por esto diremos tambien algo para tales personas. Estas son las que estan en estado y profesion ó ejercicio de virtud; de las

cuales hay muchas que suelen hacer unas confesiones comunes, como por tablilla ó relacion de ciego, esplicando casi siempre con unas mismas palabras su letanía de defectos, que son semejantes uno y otro dia, y apenas ponen cuidado de enmendarse para el siguiente; y así se ve, que viven de asiento en una continuacion de malos hábitos y defectos veniales, por lo menos, como son mentiras, palabras ociosas, murmuraciones, poca mortificacion de sentidos, vana estimacion de sí, propia voluntad, tibieza en la oracion, no huir de las ocasiones peligrosas, y resistir friamente á las tentaciones, y á este tenor otros defectos; con lo qual permanecen en una vida muy relajada, sin procurar ayudarse y vencerse para adelantar un dia mas que otro en la virtud y perfeccion. Y ojalá no sean sus confesiones sacrilegas, por total falta de dolor (ni de lo pasado, que suelen dar por mas materia, ni de lo presente) ó á lo menos sean infructuosas ó informes. ¡O cuánto se hallará de esto, si bien se examina, en muchísimas almas que frecuentan los Sacramentos, ó por uso, costumbre ó instituto!

Para remediar este daño, y asegurar este dolor, aunque sea de veniales, te advierto que antes de confesarte hagas reflexion, ó en todos ó en alguno ó algunos mas especialmente, considerando su gravedad y fealdad; como supongamos, si has faltado á la caridad, murmurando en cosas leves de tu prójimo, debes advertir ofendes á tu Dios que te manda amar al prójimo como á tí mismo. Si es de mentiras leves, desobedeces á Dios, que es suma verdad, y te manda no men-

tir, y asi de otros, procurando en todo la enmienda en cuanto puedas. Tambien te advierto, que si das por materia alguna culpa grave ya confesada de la vida pasada, renueves el dolor antiguo, pesándote de haber ofendido á la suma bondad de tu Dios. Con estas diligencias asegurarás que estas confesiones comunes sean útiles y fructuosas para tu alma. Todo esto es doctrina muy corriente y segura de autores graves. Otros llegan sin reflexion ni examen, sino aceleradamente, porque acaso vieron al confesor en la sacristía, y ensartan su letanía decorada que tienen aprendida. Pero cuidar del dolor y propósito, eso á *fructibus eorum cognoscetis eos*, y con cinco salves y una estacion &c. quedan muy satisfechos. Otras personas llegan á confesar con menos humildad y reconocimiento propio de lo que deben para recibir con mas fruto espiritual estos santos sacramentos, y asi todos nos hemos de reconocer alli reos y culpados, y no culpar á otros para minorar nuestras culpas. Las madres culpan á los hijos, diciendo que son traviosos, que les hacen echar tantas maldiciones; y á las hijas que son desobedientes y respondonas, teniendo ellas la culpa de no haberlas sujetado y criado bien desde pequeñas. Los amos y amas culpan á los criados y criadas, y estos culpan á los amos, diciendo que son insufribles. Muchas mugeres culpan á sus maridos, y suelen referir sus defectos; y los maridos á sus mugeres, alegando que hablaron, que les replicaron ó riñeron; y si bien se averigua, será porque la muger le aconsejó lo que le estaba bien, y no quiso tomar el consejo. Y de aqui es, que

todos estos, cuando llegan á confesar sus defectos, ya llevan declarados ó confesados los ajenos. Con que en lugar de conocerse y confesarse reos y culpados, mas parece que van á justificarse y santificarse, y todo es indicio de la poca disposicion que traen, y algun estorbo para recibir aumento de gracia. Imiten todos y todas al Santo penitente Rey David, que decia: *Confitebor adversum me injustitiam meam Domino (Psal. 31)*. Yo confesaré contra mí mismo mi injusticia; esto es, mis pecados al Señor, reconociéndome por culpado, y asi alcanzó de Dios perdon de sus culpas: *et tu remisisti impietatem peccati mei*.

CAPITULO VIII.

De las que frecuentan Sacramentos, conservando profanidad, altivez y propia voluntad.

Otras personas practican y frecuentan estos santos ejercicios de Confesion y Comunión con otras tachas y defectos, que les serán quizá de grave cargo y peligro al fin de la jornada, por no enmendarse, y parece quieren juntar en uno al vicio y á la virtud, que no puede ser. Estas son unas, que suelen ser muy puntuales en que se han de confesar tal y tal dia, y tienen otra multitud de rezos y ejercicios á su modo. Pero debiendo sacar por fruto espiritual alguna reformation de vida, lo que se ve es, que no se cercena la vanidad en el traje menos honesto, costoso y razonable, alegando que se usa, dando á otros mal ejemplo. No se mortifican los naturales; la

soberbia, altivez y vanidad estan en el punto, quieren que les sirvan y respeten como á deidades, siendo ellas para con Dios muy tibias y negligentes. No suelen pagarse deudas, ni criados, ni haber para limosnas, aunque nunca falta para excesos y profanidades. Se continúan las conversaciones peligrosas y visitas menos recatadas, y otros empleos y tratos no muy seguros á la buena conciencia, buscando y alegando para dorarlos, y á su parecer justificarlos, opiniones y razones llenas de prudencia humana y carnal, muy conformes á su pasion y amor propio. Se suele hacer escrúpulo de una cosita leve, y por otra parte se tragan, sin escrúpulo, lo que quizá es culpa grave; y con todas estas tachas se frecuentan las confesiones. Hay personas de estas que tienen ya unos modos de acusarse, que suele ser de cosillas leves, y el confesor queda muy pagado de que es una conciencia muy ajustada; pero quizá delante de Dios estarán mas negras que un carbon, por estar llenas de pasiones y defectos, de que no hacen caso, ni se acusan. ¡O cuánto se hallará de esto en las Cortes, en lugares grandes y en casas de primera clase! Muchas de estas personas quieren que el confesor esté muy puntual y á su modo, que ó los despaché cuanto antes, porque tienen mucho en que entender, ó les oiga cuanto quisieren decir, y apoye sus dictámenes; y si les reprende, amonesta ó va á la mano, le gradúan de escrupuloso, ó le dejan. La Misa gustan mucho que sea brevecita; y un ratico mas que se tarde, se les hace un año; no causándolos fastidio gastar muchas horas en adornarse y en conversaciones vanas

de lisonjeros, ó en un festin ó comedia y diversion mundana. Las gracias despues de comulgar van atropelladas. Otras veces se ve que hay personas que en la Iglesia tienen un exterior edificativo, y para el dia de Comunión suelen venir con el vestido modesto; pero á la tarde sale el profano y provocativo para la comedia, paseo y visita; aunque otras no lo hacen asi, sino que vienen á confesar y comulgar con la misma profanidad que si fueran á tales funciones: confiesan que parecen unos San Franciscos ó Santas Teresas, y en llegando á sus casas no hay criadas que las puedan aguantar, porque faltó esto ó aquello, ó no estuvo tan á punto como quieren; y asi el dia de confesion suele ser la casa un infierno con maldiciones y asperezas. De estas tales dijo el dulcísimo y prudentísimo San Francisco de Sales: *que en la Iglesia parecen Angeles, y en sus casas demonios.* Considérese todo lo dicho, si será bastante impedimento para recibir con fruto estos Sacramentos. Pues lo que has de hacer es procurar de una Confesion y Comunión para otra irte mortificando y corrigiendo, sacando propósito de vencerte con especial cuidado en alguna pasion.

ADVERTENCIA.

Para dar fin á este segundo punto, ó parte de la confesion, que es la *contrición de corazon*, con el propósito de la enmienda, te advierto que la causa de no tenerle como se debe, es la falta de consideracion y conocimiento de la fealdad y malicia del pecado, como lo llora el Profeta Jere-

mías, por estas palabras; *Desolatione desolata est omnis terra: quia nullus est qui recogitet corde* (Cap. 12). La voluntad, cuyo acto es el dolor, es potencia ciega, y no se moverá á retratar y aborrecer las culpas, si el entendimiento, que es como su guia ó luz, no le encamina, proponiéndole la bondad de Dios ofendida, y los daños y males eternos y temporales que acarrearán á las almas. Por tanto, te pondré las consideraciones siguientes, para que antes de confesarte las medites despacio; ó todas ó algunas de ellas, para excitarte al arrepentimiento y propósito de la enmienda.

CAPITULO IX.

Consideraciones para moverse al dolor de las culpas, y propósito de la enmienda.

Considera lo que es Dios en sí mismo á quien ofendiste. Por lo qual es dignísimo de ser amado y obedecido. Es Criador infinitamente poderoso, pues con sola una palabra crió cielos y tierra, ángeles y hombres, y con la misma facilidad lo puede todo aniquilar, y con solo su querer y omnipotencia les conserva. Ya ha una eternidad que Dios existe en sí mismo con infinito gozo y complacencia sin necesitar de criaturas para ser bienaventurado. Es infinitamente sabio é inmenso, pues sabe y conoce quanto han hecho y han de hacer las criaturas por la eternidad. Llena su inmensidad los cielos y tierra. Está dentro de tí y fuera de tí, mirando lo que haces, aun cuando

peças, sufriendo que delante de sus purísimos ojos cometas la maldad, que la aborrece tanto, que dice en su Escritura que le hace dar arcadas. Es hermosísimo, incomprendible, justo, santo y tan bueno, que todas las bondades y hermosuras, en su comparacion, no merecen nombre de buenas y hermosas, antes toda la bondad y hermosura que tienen, la participan de aquella infinita bondad y hermosura de Dios, como gota pequeña de un mar inmenso, y como una pequeña luz, derivada de la grandeza del sol. A esta Magestad suprema, bondad y hermosura infinita, has desobedecido y ofendido con tus culpas. Y si la injuria crece á medida de la persona ofendida, y de quien ofende; siendo Dios un Señor de tan infinitas perfecciones y grandeza, y tú criatura tan miserable y pobre, dime, ¿qué atrevimiento será quebrantar su santísima ley y voluntad? ¿Cómo no sientes haber desobedecido á esta inmensa Magestad?

Mírale como á tu bienhechor, y considera lo que ha sido, es y será para tí. Te crió de la nada; te dió potencias y sentidos con que le conozcas y ames, y gozes de los bienes de naturaleza y gracia. Te dió y señaló ángeles para tu guarda y custodia. Te da tantas inspiraciones santas. Te libra de innumerables peligros de alma y cuerpo. Te da vida, salud, alimento, y tanta variedad de objetos en que se recreen tus potencias y sentidos. Te da su sacratísimo Cuerpo y Sangre en el Santísimo Sacramento del Altar; y si caes en la culpa, te tiene prevenido el remedio en el Santo Sacramento de la Penitencia, sin cansarse de perdonarte, aun-

que caigas muchas veces. Te tiene ofrecida una eterna gloria, donde el mismo Señor será tu descanso perpetuo y tu bienaventuranza. María Santísima tu Madre, y los ángeles y santos tus hermanos, amigos y compañeros. Allí tus potencias y sentidos serán recreados con inefables dulzuras y delicias, con tan amabilísimos objetos. Pues todo esto pierdes por el pecado. ¡Mira cuánta ha sido tu ceguedad y miseria! ¿Cómo no sientes haber ofendido á quien tanto bien te hace? Si acá en el mundo hubieses recibido grandes beneficios de alguna persona nobilísima, virtuosa y santa, y le correspondieras con graves ingratitudes; despues, cayendo en la cuenta, llorarías tu maldad, y haber perdido aquella amistad; ¿pues qué debes hacer con tu Dios, en quien hay infinita distancia?

Pero lo que mas te debe mover á no ofender á tu Dios, y sentir lo que le has agraviado y desobedecido, es considerarle en los terribles y lastimosos pasos de su Pasion. Mírale sudando sangre en el huerto por tus pecados; preso y maniatado, y llevado con tanta ignominia por tantos tribunales, uno peor que otro: atado á una columna y desnudo, descargando con crueldad mas de cinco mil azotes en aquellas delicadísimas carnes, arrancándole muchos pedazos, y derribándolo en el suelo, y cayendo en la balsa de su sangre con mofa y risa de todos. Contéplale con la cruel corona de espinas, penetrándole su sacrosanta cabeza mil punzadas. Mírale con la pesada cruz sobre sus molidos hombros, oprimiéndole con aquella viga de lagar, en que se representan nuestros pecados. Y finalmente considérale desnudo, y á la ver-

guenza en el árbol de la cruz, clavado de pies y manos entre dos ladrones, tenido y reputado por el peor de todos. Allí muere por amor de tí: allí ruega por tí, pues te tenia presente aun cuando pecas. ¡O si bien considerases este lastimoso espectáculo, cómo llorarías tus culpas muy de corazon, y te seria tambien freno para no cometerlas! Y mas si atiendes á lo que dice S. Pablo: *que el que peca, vuelve á crucificar á Jesucristo*. Dime, ¿si vieras que junto á tí estaban azotando á este amabilísimo Redentor, tendrías ánimo para decir: déntele mas azotes, que bien lo merece? No es posible. Pues sábete que cuanto es en tí, renuevas aquellas llagas siempre que cometes alguna culpa. Mira cuanta es la bondad de Dios, y el amor que te tiene; pues habiendo hecho por tí tantas finezas, y tú correspondido con tales ingratitudes, no se cansa su piedad de sufrirte y perdonarte. Amale de corazon, porque es dignísimo de ser amado. Pídele perdon con fiadamente con propósito firmísimo de la enmienda. Y repite muchas veces con la mayor devocion que pudieres, el acto de contricion: *Señor mio Jesucristo etc.*

CAPITULO X.

Motivos para excitar el alma al dolor de atricion.

Y por si no te obligan tan poderosos y eficaces motivos como te he referido en las consideraciones antecedentes para amar á tan sumo bien, y sentir haberle ofendido, por ser quien es, y por ser